

# Históricas Digital

Álvaro Matute

“La raza como explicación histórica”

p. 37-50

*Escribir la historia en el siglo XX.  
Treinta lecturas*

Evelia Trejo

Álvaro Matute

(editores)

México

Universidad Nacional Autónoma de México,  
Instituto de Investigaciones Históricas

2009

589 p.

(Serie Teoría e Historia de la Historiografía, 3)

ISBN-10 970-32-2281-1

ISBN-13 978-870-32-2281-0

Formato: PDF

Publicado en línea: 12 marzo 2015

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/escribir/historia.html>



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS

DR © 2015, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510, México, D. F.

# La raza como explicación histórica\*

ÁLVARO MATUTE

Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM

En los años 1932 a 1936, en los que publica *La revolución agraria de México*, don Andrés Molina Enríquez es una de las piezas más interesantes del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía. Si bien no llegaba a los setenta por su aspecto, en el que destaca su canosa y luenga barba, tal vez por su intensa participación en la Revolución Mexicana, daba la impresión de haber vivido muchos años. Esa trayectoria que se antoja larga, incluía el haber obtenido reconocimiento intelectual por su contribución al concurso convocado para elaborar un ensayo sociológico sobre la Reforma con motivo del centenario de Juárez; haber escrito uno de los libros más importantes sobre la sociedad mexicana cuando tenía cuarenta años; haber convocado a quienes atendieran su llamado a rebelarse contra el gobierno mediante el Plan de Texcoco, lo que le valió pasar un tiempo en prisión, en fin, haber fungido como consejero de los diputados constituyentes encargados de redactar el artículo 27 y colaborar como secretario de Gobierno en el primer periodo constitucional del Estado de México. El suyo fue un currículum que integró el conocimiento teórico con la acción, aunque cabe subrayar que destacó más en lo primero.

En los años treinta, pues, prestaba sus servicios al Museo Nacional que era, conforme al modelo decimonónico de museo, un espacio para la investigación. De esa colaboración salieron dos títulos de su interesante bibliografía: la *Clasificación de las ciencias fundamentales*<sup>1</sup> (1935) y el

\* Este estudio se refiere a la obra de Andrés Molina Enríquez, *Esbozo de la historia de los primeros diez años de la revolución agraria de México (de 1910 a 1920), hecho a grandes rasgos por el licenciado..., antiguo profesor de Etnografía del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía*, 5 v., México, Popular, Talleres Gráficos del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía, 1932-1936. Hubo una "segunda edición popular" de 1937 idéntica a la primera. Posteriormente se editó en un volumen como *La revolución agraria en [sic] México*, pról. de Emilio Portes Gil, México, Liga de Economistas Revolucionarios, 1976, 504 p. Esta misma fue reimpresa en facsímil por el Partido Revolucionario Institucional y el Instituto Nacional de Estudios de la Revolución Mexicana, respectivamente, en 1985 (en ambas se conserva el error en el título), año en que se elaboró una facsimilar de la primera edición de la UNAM, Coordinación de Humanidades y Miguel Ángel Porrúa, con una introducción de Horacio Labastida. Esta última fue la utilizada, junto con la de 1937, para la elaboración de este trabajo. En el cuerpo del mismo las referencias al texto de Andrés Molina Enríquez se indicarán entre paréntesis, señalando con números romanos el tomo y con arábigos las páginas.

<sup>1</sup> Andrés Molina Enríquez, *Clasificación de las ciencias fundamentales, según el criterio del Lic... Antiguo profesor del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía, de la Ciudad de México*,

libro que será tema de estas reflexiones y que lleva el largo título arriba indicado.

Precisamente es éste, el último Molina Enríquez, el que interesa ahora. Un Molina que culmina y sintetiza lo que su pensamiento intuyó treinta años antes de elaborar su última obra mayor y que anunciaba siguiendo un sencillo plan de inspiración taineana en su opúsculo sobre *La Reforma y Juárez*.<sup>2</sup> Desde ahí se plantea lo que llevará a la culminación, fincado sobre todo en las orientaciones que recibió de la lectura de Ernest Haeckel con las que sustentó el clásico *Los grandes problemas nacionales*.<sup>3</sup> Ambos libros se actualizan en el *Esbozo*, al que los editores han abreviado con el título más preciso de *La revolución agraria de México*, que, con todo, tampoco lo es, ya que se trata de un libro que va mucho más allá no sólo de los “primeros diez años” sino de “la revolución agraria de México”. Pero antes de entrar en la descripción analítica de la obra, conviene llamar la atención acerca de la “confesión” con la que abre el quinto y último tomo de dicha obra.

Tal confesión radica en señalarle al lector que se vio precisado a esconder deliberadamente el carácter etnológico del *esbozo* “detrás del carácter histórico, que nos pareció más accesible para el público”. El conocimiento del hombre debe deslindarse en dos grandes campos contiguos: “el del hombre individual en su naturaleza orgánica (*ciencias antrópicas*); y el del hombre colectivo, o sea, el de las sociedades humanas (*ciencias étnicas*)” (v. V, p. 9-12). La étnica, a su vez, dispone de cuatro ciencias auxiliares que son la paleontología,<sup>4</sup> la arqueología, la historia y la etnografía. Todas ellas van dirigidas al estudio de los pueblos, “el [estudio] de la historia, en que los documentos escritos fundan el criterio positivo de la *certidumbre*” (v. V, p. 12), mientras que la etnografía relaciona lo anterior

2a. ed., México, Talleres Gráficos del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía, 1935, 94 p. La primera edición es México, Antigua Imprenta de Murguía, 1920. No fue vista. Molina agradece a José Vasconcelos el apoyo que le dio para publicarla.

<sup>2</sup> Andrés Molina Enríquez, *La Reforma y Juárez. Estudio histórico-sociológico*. Trabajo que obtuvo *accesit* en el concurso literario abierto por la Comisión Nacional del Centenario de Juárez, México, Tipografía de la viuda de Francisco Díaz de León, 1906, 97 p. Una edición que aparece numerada como quinta es la prologada por Agustín Cue Cánovas, México, Costa Amic, 1972, 153 p. El prólogo de Cue Cánovas está firmado en 1956, por lo que se deduce que la segunda edición apareció en el centenario de la Constitución de 1857 y se reimprimió en el llamado oficialmente “Año de Juárez”.

<sup>3</sup> Andrés Molina Enríquez, *Los grandes problemas nacionales*, México, Imprenta de A. Carranza e hijos, 1909, 361 p. De él se han hecho varias ediciones, una de la revista *Problemas Agrícolas e Industriales de México*, con prólogo de Luis Chávez Orozco, y otra, no muy bien cuidada, del Instituto Nacional de la Juventud Mexicana. Destaco la citada en la nota 5, con prólogo de Arnaldo Córdova, como la mejor y más divulgada.

<sup>4</sup> Así escribe Molina. Tal vez lo correcto hubiera sido “paleoetnología”, esto es, una etnología arcaica.

con “la vida activa y palpitante del pueblo actual” (v. V, p. 12). Si bien el carácter que le asigna a la historia es limitado, cumple con su función de *encubridora* del verdadero propósito de don Andrés Molina Enríquez al escribir esta obra magna, injustamente olvidada. Este olvido excluye a un grupo de estudiosos entre los que destacan Agustín Basave Benítez, que le ha consagrado un sólido libro a Molina; Arnaldo Córdova, autor de un excelente prólogo a *Los grandes problemas nacionales*; Abelardo Villegas, responsable de un agudo y penetrante artículo; David Brading, quien ha subrayado, como todos, la resonancia nacionalista del factor étnico en la obra de don Andrés, y Moisés González Navarro, quien pone de relieve la interesante amalgama histórico-sociológica lograda por Molina.<sup>5</sup>

¿Qué es, en suma, este último libro del sociólogo de Jilotepec? Como ya anuncié, algo más que un “esbozo” que remonta, con mucho, “los últimos diez años” y cuyo campo cubre más que “la revolución agraria de México”. Tal vez el título justo hubiera sido *Historia étnica de México*, conceptos que de manera cabal podrían expresar mejor el complejo contenido del libro.

La obra está en perfecta consonancia editorial: son cinco libros en cinco tomos, cada uno con seis capítulos. Los anunciados diez años de la revolución agraria se encuentran al final, en el último tomo; en el precedente, sus antecedentes inmediatos y en los tres primeros, todo aquello que constituye lo étnico: una gran historia etnológica de México, desde su pasado más remoto y profundo hasta el inmediato. Llamán la atención al lector los títulos de los tres primeros libros, a saber: “Aspectos indios de la historia de México”, “Antecedentes criollos de la historia de

<sup>5</sup> Agustín F. Basave Benítez, *México mestizo. Análisis del nacionalismo mexicano en torno a la mestizofilia de Andrés Molina Enríquez*, México, Fondo de Cultura Económica, 1992, 167 p. Arnaldo Córdova, “El pensamiento social y político de Andrés Molina Enríquez”, en *Los grandes problemas nacionales*, pról. de Andrés Molina Enríquez, México, Era, 1978, 523 p., p. 9-68. Abelardo Villegas, “Andrés Molina Enríquez y *Los grandes problemas nacionales*”, en *México en el horizonte liberal*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Centro Coordinador y Difusor de Estudios Latinoamericanos, 1981, 156 p. (Nuestra América, 3), p. 81-112, y David A. Brading, “Darwinismo social e idealismo romántico, Andrés Molina Enríquez y José Vasconcelos en la Revolución Mexicana”, en *Mito y profecía en la historia de México*, trad. de Tomás Segovia, México, Vuelta, 1988, 211 p., p. 172-205. Moisés González Navarro, *Sociología e historia en México*, México, El Colegio de México, 1970, 89 p. (Jornadas, 67); también dedica un capítulo a Molina en el que pondera el factor racial como determinante en la historia. A estos estudios agréguese la introducción de Horacio Labastida citada en nota anterior. Ya elaborado este estudio apareció la antología *Andrés Molina Enríquez: con la revolución a cuestas*, estudio introductorio y selección de Agustín Basave Benítez, México, Fondo de Cultura Económica, 2001, 494 p. El ensayo introductorio revela el dominio de Basave sobre la vida y obra de don Andrés Molina Enríquez. La selección de textos incluye abundantes páginas, sobre todo, de *Los grandes problemas...* más algunas de *La Reforma y Juárez*, de la parte final de *La revolución agraria...* y otros textos breves pero no menos importantes del autor. La publicación de este libro contribuirá a una mejor difusión del pensamiento de Molina Enríquez.

México” y “Antecedentes mestizos de la historia de México”. Conviene ahora destacar el subtítulo de cada uno de los libros; así, el relativo a los aspectos indios dice: “Antecedentes remotos que determinaron los hechos decisivos de la Revolución”; el de los aspectos criollos, “Antecedentes posteriores a la dominación española, que determinaron los hechos aparentes de la Revolución”, y el tercero, de los aspectos mestizos, “proceso de los factores que determinaron los propósitos medulares de la Revolución”. Para no romper el orden expositivo, indico que el libro cuarto lleva el escueto nombre de “La dictadura porfiriana” y su leyenda dice: “antecedentes inmediatos que fueron la causa ocasional de la revolución”. Por último, el quinto, sencillamente es “El principio de la Revolución”, al que le agrega lo siguiente “hechos que trataron de formular y reducir a reformas concretas y positivas los ideales revolucionarios de renovación social”. Resumiendo, es necesario enfatizar que las palabras clave de los aspectos indios son aspectos *remotos*, que determinan hechos *decisivos*; de los aspectos criollos, destacan los factores que determinan hechos *aparentes* de la Revolución. Los aspectos mestizos reiteran la palabra *medulares* tanto para señalar los factores como los propósitos de la Revolución. Hasta aquí, los tres libros etnológicos. El cuarto y el quinto son los propiamente históricos de acuerdo con lo que enuncian, que ya no se refiere al factor étnico sino a periodos históricos particulares. El del Porfiriato proporciona la causa *ocasional* de la Revolución. En el último se describe cómo culmina el proceso, pero sin cerrarlo, dejándolo abierto. Ello se debe a que Molina no incurre en el error de pensar que la historia termina con él; para él ésta es un proceso cuya meta había esbozado en su libro clásico: la fusión racial significada por una reforma agraria tendiente a lograr la denominada pequeña propiedad como patrimonio de un México mestizo. Ése sería su “final de la historia”: lo anhela, pero no lo da por logrado. Y si ése es el fin, ¿dónde comienza la historia?

Pocos libros de historia de México van tan lejos como el de Molina. Pocos, como él, reflexionan en el origen más remoto al que se puede referir dicha historia. Para Molina Enríquez, la humanidad se divide en dos grandes culturas, la oriental y la occidental, las cuales, a su vez, se distinguen por dos rasgos diferenciales que expresan su mentalidad a través de sus lenguajes, la cultura oriental está basada en la memoria visual, mientras que la occidental en la auditiva. Esa diferencia en el origen construccional de las lenguas determinará las características generales de ambas culturas. La escritura china, por ejemplo, educa para las ideas concretas; la fonética, para las ideas abstractas y generales, propias de Occidente: “el órgano visual deslinda las impresiones con precisión; el órgano auditivo [...] recibe impresiones que tienden a la expansión y que se confunden, exigiendo los esfuerzos de la determinación, de la

integración, de la diferenciación, de la clasificación, de la nomenclatura, y en suma de la composición” (v. I, p. 17).

En lo que se refiere a la organización social, los orientales “apenas han salido de la tribu” (v. I, p. 18), no han dejado de ser tribu, sencillamente se ha hecho más grande, sin que cambie la sustancia de la organización básica. A esto ha contribuido “la escritura visual que tiende más a la particularización que a la generalización; más al individualismo que al colectivismo” (v. I, p. 19). También son agricultores, y los agricultores de todo el mundo, además de ser laboriosos, son “de índole esencialmente pacífica; libres de la nerviosidad de las constantes excitaciones auditivas que son consecuencia forzosa del lenguaje fonético” (v. I, p. 19). El pacifismo, consecuencia de la labor agrícola que lleva a los pueblos que la practican a satisfacer el hambre, tiene su mejor expresión en la gran muralla china, monumento levantado a la paz. Para contrastar esto con Occidente, Molina señala un pasaje de la *Historia de España* del jesuita Mariana en el que expresa que el rey Alfonso I de Castilla, “para no estar de ocioso, acordó hacer la guerra a los moros” (v. I, p. 20), mientras su reino gozaba de una paz sosegada. Por otra parte, subraya el carácter patriarcal de los gobernantes de Oriente, pese a su apariencia despótica. Dice que, en Japón, el emperador es tenido como “padre común” (v. I, p. 20). La solidaridad que se puede dar alcanza a una suerte de familia de medio millón de componentes. Contrasta con los pueblos occidentales que derivan de la rigidez de la noción del derecho de propiedad a la manera romana. Todo ello, también, se debe a las grandes planicies, que contrastan con el relieve montañoso de Europa.<sup>6</sup> Este continente tiene superficies aprovechables pero cortas en extensión.

Existe una zona de encuentro, de confluencia, en el Asia Menor y su contigüidad con Europa. Ahí se realizaron los mayores esfuerzos para convertir la escritura visual en fonética, desarrollando los rasgos cuneiformes y ahí, también, cambió la organización social, tornando la figura del patriarca primitivo en la de jefe militar, “y de éste en soberano absoluto, del mismo modo que ya se iba haciendo entre los aztecas” (v. I, p. 23). La evolución, destino si se quiere fatal, no sujeto a la voluntad, consiste en pasar de ahí a la soberanía constitucional y a los impersonales poderes públicos. Esto trae consigo la idea de la fuerza, de la violencia, del espíritu guerrero. La guerra se convierte en la solución de los problemas. También de ahí surge el derecho. “La guerra, pues, ha determinado en todos los grupos de la cultura occidental, un estado de lucha constante

<sup>6</sup> Aunque Molina no aceptaría el influjo de Hegel, por considerarlo metafísico, coincide en mucho con él en su caracterización de lo oriental, por lo que se refiere a la organización megatribal y al influjo de las planicies en la historia.

en todos los órdenes de la vida humana” (v. I, p. 24).<sup>7</sup> Oriente, pues, carecería de la noción de derecho, particularmente de derecho de propiedad sobre tierras y aguas, que entienden de usufructo comunitario. Para complementar pinta un cuadro idílico de la cultura oriental.

Del continente americano, cuya situación geográfica califica de “afortunada”, dice: “La Tierra es redonda, y una vez separadas las dos grandes culturas, como ellas quedaron orientadas a puntos diametralmente opuestos, tarde o temprano tenían que volverse a encontrar” (v. I, p. 31). Esto sucedió en América. Su población originaria provenía de Asia, tanto por la parte septentrional, Estrecho de Behring, como por el Pacífico. Abunda en ejemplificaciones e ilustra comparando una deidad javanesa con una maya, que el lector puede hallar semejantes, para proseguir con la caracterización de los diferentes grupos étnicos asentados en México, apoyado en la sabiduría de Manuel Orozco y Berra y en un mapa general de sitios arqueológicos que desgraciadamente resulta demasiado pequeño para ser leído, aun con lupa. La lista de grupos indígenas abarca seis páginas y media a dos columnas y al nombre de la etnia agrega el del estado de la república en el que se asienta. El final del segundo capítulo del libro está dedicado al establecimiento de rasgos comunes, tanto en la parte somática como en la lingüística. Se apoya en distintos autores entre los que destacan, además del mencionado Orozco, Francisco Pimentel, Nicolás León y Pablo González Casanova *senior*.

El primer libro del *Esbozo* es el que fundamenta toda la obra. De él parte el concepto que le da a la historia de México una estructura profunda, el origen oriental de su población originaria que debe ser comprendido por la etnografía. Así, el resto del tomo combina lo étnico con lo histórico. Después de la conquista vendrá la integración cultural de la nueva situación indígena. Los factores interpretativos básicos entran en juego: los indios no tenían noción de derecho, y menos de derecho de propiedad, ya que se fundaban en su régimen patriarcal y, desde luego, el origen construccional de sus lenguas era visual. Curiosamente, ya en el capitulado no abunda en la idea que apuntó al principio sobre los aztecas que estaban cambiando tanto en su escritura, hacia lo fonético, como en su organización guerrera, lo que acabaría por alterar el esquema originario de Molina, aunque tal vez lo podría explicar como elemento evolutivo, ya que, ante todo es evolucionista, pero cabe preguntarse si su evolucionismo, que es un aspecto típico de *Los grandes problemas naciona-*

<sup>7</sup> Para reforzar la idea, algunas ilustraciones funcionan como ideogramas: la gran muralla china, un pequeño mapamundi en el que se representan, en blanco, las zonas pacíficas y en negro las zonas guerreras, éstas no son otras que Europa y Medio Oriente. Más adelante, una estampa muestra al cardenal Richelieu dirigiendo el sitio de La Rochela contra los hugonotes.

les, sólo se aplica a la historia occidental. Como es de esperarse para quienes están familiarizados con su libro clásico, Molina pone énfasis en la organización de las castas formadas por las diferentes mezclas de razas que suceden en la Colonia, sin dejar de recordarle al lector la existencia de un desequilibrio demográfico favorable a los indios, pese a la mortandad propiciada por las epidemias del siglo XVI. Esa mayoría indígena impone en algún sentido su presencia con sus expresiones artesanales y modos de vida, rasgos culturales que permean hacia los descendientes de los conquistadores. Llega a excesos propios de su momento como señalar que la arquitectura colonial no obedece al churrigueresco sino a las reminiscencias asiáticas. Es el sustrato indígena el que marca el estilo y no lo que impone el conquistador. En el tiempo de Molina estaba fresca en este punto la obra del Doctor Atl y todavía no llegaba la tesis de José Moreno Villa del arte *tequitqui*. Habría que reparar en el hecho de que utilizó como mejor ejemplo de ello el templo de Tepotzotlán en lugar de, por ejemplo, Tonantzintla, ya que el primero es indudablemente más español que el segundo, que podría dar pie al sustrato asiático. Es posible que la nueva historia cultural pudiera retomar elementos que de manera intuitiva expresa Molina Enríquez en su recorrido por los "aspectos indios de la historia de México".

Cabe recordar que, en contraste entre los aspectos indios y los criollos, los primeros son determinantes y los segundos, sólo aparentes, en cuanto antecedentes de la Revolución. En el segundo libro, aunque derivado de la étnica ofrece un tratamiento histórico más tradicional, de corte político, aunque no entrará en demasiados detalles, sino que atravesará a grandes rasgos la historia nacional desde el final de la Colonia hasta el Porfiriato, teniendo como eje a los actores criollos.

La semántica de don Andrés hace que las primeras revoluciones de independencia sean sólo preliminares, Hidalgo incluido, para llegar a las verdaderas, que no son otras sino las que acaudilló Morelos. Aquí se da una revolución mestiza a la que seguía una revolución agraria, que intentó acaudillar Guerrero, quien continuaba la lucha en el mismo sentido. Para Molina no fue Iturbide sino Guerrero el verdadero consumidor. Pese a ello, los criollos ocuparon el plano preponderante, pero fueron totalmente incapaces de gobernar. No hicieron otra cosa sino cometer error tras error, dada una suerte de incapacidad natural, correlativa a su condición de criollos, lo cual negaba el camino a la marcha de la verdadera historia que era de signo mestizo. Conforme avanza el tiempo surgen los que él llama, desde *Los grandes problemas nacionales*, criollos nuevos, que superaron y sustituyeron a los criollos señores y a los criollos clero, derrotados en la guerra de Reforma. Los criollos señores no tuvieron ni siquiera capacidad mimética para evitar ser desplazados por los criollos



nuevos, aunque recurrieron a armas tales como el juicio de amparo, que Molina ve como un recurso que grantiza privilegios (v. II, p. 119-120). Los criollos nuevos ya no eran de ascendencia exclusivamente española. Pobres al principio, pudieron avanzar en la escala social. Un vacío interesante es el hecho de que no llega a haber una cultura que identifique a los criollos. Su paso por la historia es precario, pero necesario como parte del esquema evolutivo que no se cumpliría si no se dan los aspectos mestizos que, nuevamente en la semántica de nuestro autor, son los que proporcionan los factores *medulares* que propician la Revolución. Y con ellos se abre otro libro.

La consumación de la independencia fue una suerte de tensión criollo-mestiza. Guerrero representaba a quienes no obtuvieron el primer triunfo, pero que al avanzar la organización republicana se harían presentes en la primera sucesión presidencial. Según Molina, la incapacidad de los criollos para gobernar reclamaba a los mestizos (v. III, p. 39). De ahí que elevaran a Guerrero a la primera magistratura, sin importar los medios. Aquí Molina no se detiene en aspectos legales, el sentido de la historia es el que determina la acción y ésta debía encaminar al país a que mestizos e indios obtuvieran la más elevada representación. Los criollos estaban representados por Anastasio Bustamante y Alamán, según los caracteriza en el segundo volumen (v. II, p. 72 y s.). En el tercero, es interesante notar cómo salva a Lorenzo de Zavala, quien interpretó mejor que nadie la aspiración agraria mestiza como gobernador del Estado de México, con su legislación que le da los títulos necesarios para que la cuestión de Texas sea vista como un incidente (v. III, p. 104-108). Alega, en cambio, contra los historiadores criollos que han disminuido la actuación histórica de Guerrero, lo cual hace de la historia escrita una vergüenza (v. III, p. 52-59). Al igual que en el volumen segundo, en el dedicado a los mestizos concede un buen espacio a la guerra de Reforma. En el segundo, para caracterizar a aquéllos contra quienes se dirigió, criollos señores y criollos clero, así como contra la Iglesia en general; en el tercero, destaca más los aspectos agrarios y la conciencia que hubo en algunos reformistas de la necesidad de no propiciar una propiedad ilimitada. Juárez, el primer presidente indio, en realidad encabezó un gobierno mestizo surgido en Ayutla.

Por fin, el Porfiriato. Si bien aparece ya en el segundo libro para ubicar a los criollos nuevos representados mejor que nadie por Limantour, en el tercero hace expresa referencia al mestizaje de Porfirio Díaz, que encarna en sí mismo la evolución racial de la historia mexicana. Ciertamente no es un gobierno mestizo en plenitud, dado el conflicto de intereses. Al igual que con Guerrero, Molina no repara en la falta de legalidad del arribo de Díaz al poder, ya que caracteriza a Iglesias y los decembristas como criollos. En cambio, dentro de su tratamiento de la República Res-

taurada lamenta la derrota de Manuel Lozada a manos de Ramón Corona y extiende su queja de que se ha llenado de invectivas al cacique cora. Concluye el tercer libro en el umbral de la dictadura porfiriana, lo que le permite dar el giro hacia el cuarto tomo, cuyo tema es el enunciado con esas palabras y que representa "los antecedentes inmediatos que fueron causa ocasional de la Revolución".

Hay una lógica que estructura el tratamiento que da Molina Enríquez a la dictadura porfiriana, a la que no alaba ni condena en bloque; más bien expone sus contradicciones, yendo más allá de quienes habían intentado historiar una época que habían vivido. Conviene examinarla capítulo por capítulo: en el primero, se presenta lo que él llama la superestructura de la dictadura porfiriana. Y aquí cabe hacer la digresión de que no le era ajeno el lenguaje marxista porque en el cuerpo de la obra hay una cita de la *Crítica de la economía política* de Marx (v. III, p. 50), a quien asimila de alguna manera a su evolucionismo positivista. Dicha superestructura está dada por la pluralidad de ideas y actitudes que surgen y se aclimatan durante el largo gobierno de quien hace lo posible por mantenerse mestizo. Así, por ejemplo, señala que los criollos nuevos, al principio factor de progreso, adoptaron el positivismo como divisa ideológica, mientras que los criollos señores se inclinaron por el espiritualismo. En ese momento surgen y se extienden en México las doctrinas sociales, a las que dedica algunas páginas en las que expone el idealario de algunos de sus creadores, como Robert Owen, para citar a alguno. Pero también hay política práctica, como la de —según Molina— eliminar los cacicazgos, al dominarlos, y convertir a los bandoleros en guardias rurales. Díaz se entroniza así, como ya lo había descrito desde 1909. El segundo capítulo continúa siendo encabezado con la palabra superestructura y es un espacio dedicado a establecer aciertos porfirianos, no sólo del propio Díaz, sino de gobernadores como José Vicente Villada y Bernardo Reyes, "el más grande gobernador de estado que ha tenido la República" (v. IV, p. 45-48). El otro acierto es la política exterior, que parte de la interpretación de la Doctrina Monroe en términos favorables para México y que abarca desde la concesión de Bahía de la Magdalena hasta la protección al presidente de Nicaragua Santos Zelaya.

Hasta ahí, el Porfiriato es dibujado en sus aspectos constructivos. Después dará paso a los errores. Consisten éstos, fundamentalmente en lo que juzga como retrocesos. El capítulo se encabeza con la palabra "infraestructura" y tiene como actores principales a la conciliación con la Iglesia, a Carmelita Romero Rubio de Díaz que, si bien era "cult, hermosa y elegante", fue "una pobre dama" que desempeñó un papel triste en la historia, como protagonista de una política contraria al pensamiento de Molina. También dedica páginas a monseñor Eulogio Gillow y al

nuevo rostro de los científicos, que si bien seguían siendo progresistas, son responsables de la ley de baldíos y, como corolario, del “error más grande de todos”, la reapertura de la Universidad, institución a la que juzga tributaria de Santo Tomás de Aquino y expresión intelectual del feudalismo. En fin, si alguien sospechara del porfirismo de Molina, este capítulo —muestra del más radical jacobinismo y positivismo— le da los mejores argumentos para librarlo de tal sospecha, aunque el mestizo Díaz salga bien librado del embate de los criollos que lo rodeaban, incluyendo a su joven esposa.

Los indígenas hacen acto de presencia en el capítulo cuarto, nominado “los bajos fondos de la dictadura porfiriana” al que agrega el subtítulo de “los atropellos incalificables”. Por estas páginas desfilan Cajeme y los yaquis, y los mayas y el final de la guerra de Castas. Por fin, en los dos últimos capítulos abandona el tratamiento sistemático por el cronológico de los primeros años del siglo XX, cuando se presentan diversas crisis políticas que van aumentando el descontento y, dentro de ese lapso, el surgimiento, primero, de la figura de Bernardo Reyes, que entusiasmó a muchos seguidores y, posteriormente, de Madero, a quien dedica el capítulo final y a quien ve como propulsor del cambio al que habían llevado las circunstancias.

“El principio de la verdadera Revolución” es el nombre del quinto libro, final, al que agrega la leyenda “hechos que trataron de formular y de reducir a reformas concretas y positivas, los ideales revolucionarios de renovación social”. En él da cumplimiento al título de la obra completa, ya que efectivamente es un “esbozo de los diez primeros años de la revolución agraria de México, 1910-1920”, porque dedica al asunto, con todo e índices, doscientas páginas, en sus canónicos seis capítulos. Diez años, porque es el lapso analizado, y de la revolución agraria, porque ésta es la temática que más aparece, aunque no la única. De hecho, los dos primeros capítulos son un atinado repaso a lo que hoy en día afecta las conciencias de muchos: la globalización, que él no nombra de ese modo, pero a cuyo contenido se refiere. Para Molina, “ya no hay pueblos de soberanía absoluta” (v. V, p. 13-14) y, con base en esa idea, desarrolla el tema de la colisión de intereses entre las dos grandes hegemonías occidentales, la inglesa y la norteamericana, y se refiere al papel que le toca desempeñar a México dentro de ese marco internacional, con el petróleo como elemento de interés para los polos del imperialismo. Luego sigue la historia/crónica, de la caída de Díaz hasta la presidencia de De la Barra, dentro de la cual surge el Plan de Texcoco, al que su propio autor dedica unas páginas. Dentro de ese horizonte, califica a Madero de “nuevo Comonfort” (v. V, p. 89) y da apertura a la presencia de lo agrario, como tema básico de la obra y de la Revolución.

La presidencia de Madero ocupa el cuarto de los capítulos. Subraya el ímpetu tanto democrático como agrarista de este presidente y, desde luego, enaltece el papel desempeñado por Luis Cabrera como difusor de los ideales agraristas e impulsor de la nueva legislación, pero también subraya el papel del ejército al derrotar al orozquismo y el que desempeñaron algunos criollos —Manuel Calero y Rafael Hernández— enquistados en el gobierno de Madero.

Huerta y la contrarrevolución no podían ser soslayados por Molina. La contrarrevolución fue obra de la conjunción de criollos señores y criollos nuevos, afectados por el maderismo. Su jefe nominal era Félix Díaz (indudable mestizo), pero quienes “representaban el espíritu de la contrarrevolución” eran De la Barra, el general Mondragón y Alberto García Granados, obviamente criollos. Huerta, en cambio, gustaba de repetir que era “un indio huichol”. Su situación lo hacía distinto a los contrarrevolucionarios; él les tenía su resentimiento ancestral; ellos, lo consideraban inferior, aunque a la postre no pudieron con él. Molina lo salva, como buen indígena que era, y llega a señalar que —con la excepción de Eulalio Gutiérrez— es el presidente que menos sangre ha derramado (v. V, p. 141).

No demuestra entusiasmo frente al criollo señor Carranza ni frente al Plan de Guadalupe; considera al pacto de Torreón como el Sinaí de la Revolución y reivindica a Francisco Villa como “el hombre más grande de la Revolución” (v. V, p. 145-6). Ilustra con Villa el buen sentido de la Revolución y la alianza que vendría entre zapatistas y villistas, que le otorgaban el verdadero sentido a la revolución social y agraria, por lo cual la Convención era inminente. Sin embargo, la Revolución es reconquistada por los criollos, que desplazan a villistas y zapatistas, indio-mestizos y pequeños agricultores. Termina la historia destacando el papel de las reformas al artículo 27 que él mismo sugirió, gracias a la confianza que le otorgó el ingeniero Pastor Rouaix y al radicalismo que desplegó el general Múgica. La figura lejana de Villa y el apoyo de Obregón a los radicales propiciaron que la legislación revolucionaria respondiera a las expectativas de reforma social. “La Constitución de Querétaro fue el verdadero fruto de la Revolución [v. V, p. 191].”

Los cinco libros que conforman *La revolución agraria de México* ofrecen al menos tres acercamientos diferentes a la historia que van desde el enfoque más alejado hasta el más cercano y, por tal razón, resultan distintos entre sí. No se trata de una historia de México sin más. Sin dejar de serlo, no sucumbe a las exigencias del didactismo, tendiente a menoscabar la calidad historiográfica. Una virtud esencial del *Esbozo* radica en su movimiento libre por la historia en los tres primeros tomos y, en los dos restantes, si bien retrotrae hacia la crónica, no lo hace de manera ple-

na, ya que selecciona hechos y estructura de manera tal que sólo aprehende lo que tiene significado de acuerdo con su preconcepción de la historia.

La raza es el factor exegético de la historia. De él, por ser un carácter biológico, dependen los dos aspectos culturales fundamentales: la lengua y la organización social, que distinguen a los dos grandes ámbitos en los que se divide la humanidad. El punto de partida del libro es claro en ese sentido. No podría ejemplificarse de mejor manera una ruta que va de lo general a lo particular. Ahora bien, si se requiere al autor por su falta de objetividad, jamás niega su simpatía hacia lo oriental-indio-mestizo y su repudio hacia lo occidental-criollo. De esta preferencia parten los múltiples ideogramas que pueblan los cinco tomos del libro. Su punto de partida maniqueo es base del avance evolutivo que llega a un final provisorio, nunca definitivo. Ciertamente, este libro se puede leer a la luz de *Los grandes problemas nacionales* y, tanto mejor, éste, a su vez, se debe leer a la luz de *La Reforma y Juárez*, libros que contextualizan al *Esbozo*, el cual, sin embargo, puede ser leído por sí solo, sin las ataduras que pueda tener con sus antecedentes. El caso de este lector ha sido el de la lectura de los tres libros, haciendo el esfuerzo de dejar entre paréntesis a los dos más antiguos para concentrar la atención en el último y partir de la pregunta acerca de su pertinencia como obra representativa de la historiografía mexicana en el siglo XX. Para una respuesta inmediata, es una muestra de nexo entre el siglo XX y lo que éste heredó del XIX, por lo que trae de carga positivista y evolucionista. Molina fue un gran superviviente de las doctrinas que lo formaron y gracias a las cuales pudo intentar una explicación de la historia más profunda, explicación, en última instancia, en la que el factor etiológico racial, en el cual se descreerá, resulta el elemento válido que le da estructura profunda al texto. Si bien, no digamos los más de sesenta años que nos separan del texto, sino muchos menos, bastaron para dejar de creer en la raza como causal histórico, la validez que dicho elemento tiene en la construcción histórica de Molina, propicia que su libro posea una coherencia que no es frecuente en muchos libros de historia, que permanecen en la reconstrucción factual de los hechos. Si Molina mismo va descendiendo de las alturas que le da el enfoque de larga distancia empleado en el primer libro, y en los dos siguientes atraviesa más de un siglo en pocas páginas, para llegar a los dos últimos en los cuales corre el peligro de caer en la crónica, en la medida en que —en el quinto— se asume como actor histórico en primera persona, gracias a su estructura profunda, impide que lo más fáctico del quinto tomo quede en mera crónica. El libro todo está pensado como un conjunto de hechos seleccionados que convalidan su historia etnológica.

Ciertamente es un libro en el que la implicación ideológica es clara. No se trata de algo embozado en una falsa objetividad, sino que de ma-

nera abierta Molina ofrece sus instrumentos de análisis y amalgama ideología con convicción. Así, construye su historia sin la falsa hipocresía de dejar hablar a los hechos por sí mismos o limitarse a pegar un acontecimiento tras otro. Es una historia de aliento mayor, de larga duración, que cumple con el compromiso de desembocarla en un pasado inmediato —menos de veinte años antes de la redacción del libro—, subrayando que en ese punto no está el final de la historia. Su evolucionismo lo libra de ello y el lector, aunque no haya transitado por *Los grandes problemas nacionales*, puede intuir que el proceso está abierto y que la evolución hacia la plenitud mestiza aún no se da. Lamentablemente no abunda mucho en subrayar el significado del regreso de los criollos, encarnados en los caudillos provenientes de Coahuila y Sonora, pero el lector de la época puede tener claro que la presidencia de Lázaro Cárdenas, michoacano, puede significar de nuevo una presencia mestiza.

El avance de lo más amplio y general del tomo dedicado a los aspectos indios hasta la Revolución propicia también la colocación de acentos en el tratamiento temático. El principio es más antropológico, no por tratarse de historia en parte prehispánica, sino por tratarse del *continuum* que significa la historia indígena desde su pasado hasta el presente. Molina coloca el énfasis en la presencia de lo indígena-oriental en las castas. Su tratamiento es detallado y enfático y de lo étnico-racial deriva hacia la cultura y sus expresiones, que son muestra de la herencia precisamente oriental. Esto, en los tomos posteriores, se perderá y sólo será recuperado en los ideogramas que tienden a caracterizar como personajes positivos y auténticos a los que identifica como mestizos e indios, como Juárez y Huerta, y todos los que abundan en las páginas de la obra.

La historia, pese a todas las virtudes que se le encuentran, deja lagunas, cabos sueltos, debilidades heurísticas. Acaso la más significativa, porque el propio Molina llama la atención sobre ello, es el caso ya comentado de los aztecas. Si apunta al principio que estaban cambiando de la escritura visual a la auditiva y, sobre todo, se estaban caracterizando por ser un pueblo guerrero y no pacífico conforme a su herencia oriental, eso desde luego que podría significar una ruptura en su esquema y echar abajo sus preconcepciones. Es de deducirse que Molina da por hecho que con la conquista se interrumpió ese proceso y los descendientes de los aztecas, ya vencidos, abandonaron su ímpetu guerrero, y se mantuvieron más fieles a su herencia oriental. Esto no es explícito, pero se puede llegar a esa conclusión.

Otro aspecto interesante es su utilización de la obra de Carlos Pereyra, quien se situaba en la antípoda ideológica de Molina. Ciertamente es una utilización intencionada, en la medida en que cita pasajes de obras de Pereyra para reforzar sus propios ideogramas, ejemplificando con el tex-

to de un historiador calificado de reaccionario, que a la vez, en ese tiempo, gozaba de muy alta reputación como historiador. En otros casos, las fuentes de apoyo, consideradas secundarias, son muy precarias, aunque su utilización es inteligente. En múltiples ocasiones se basa en documentos directos de contenido legal.

Para los lectores familiarizados con *Los grandes problemas nacionales* puede resultar sorprendente la agilización estilística del viejo Molina. Para fortuna de ellos y de quienes acceden por primera vez a su obra por la vía del *Esbozo*, se advierte que dejó atrás el abuso de metáforas biologizantes, que en muchas ocasiones oscurecen el texto y plantean obstáculos difíciles de vencer a quienes se introducen en su interesante pero nada fácil lectura. En lo que sí hay plena coincidencia no sólo entre estas dos obras, sino también con *La Reforma y Juárez*, es en el determinismo racial que las fundamenta, donde la raza adquiere un carácter esencial en la formación de los pueblos y en la expresión de los individuos, que necesariamente trasciende hacia lo histórico. De ahí su correcta concepción del libro como étnica, más que como historia, dado que limita a esta disciplina sólo a lo que tiene sustento documental, muy de acuerdo con el positivismo del que él todavía es definitivo exponente.

¿Qué sentido, entonces, puede tener una historia de este tipo al inicio del siglo XXI, si el elemento raza no es aceptable como sustento de una explicación histórica? Indudablemente, la respuesta no debe radicar en la validez o invalidez del elemento racial, sino en la congruencia modélica de la construcción histórica que elaboró Molina. A lo largo de los cinco libros se puede ver cómo se estructura una historia desde un origen muy remoto hasta el presente, mutando lo cultural inicial por lo más fenoménico de la historia política, sin que se pierda la línea trazada desde el inicio. El libro vale como realización de la amalgama que da la convicción ideológica con su idea del devenir y de los factores significativos de la historia, que derivan en una metodología coherente, atenta a los resultados. Es, también, la ejemplificación de cómo se puede resolver una trama histórica a partir de un *a priori* que permite colocar los hechos tras una selección bien pensada de ellos. Si bien es tardía con respecto al momento en que florecieron los elementos que sustentan el pensamiento del autor, de cualquier manera representa una solución cabal a una problemática sustantiva adecuada para fundamentar desde un universalismo no occidental —por lo tanto cuestionable— el nacionalismo que reclamaba la sociedad, ésa sí, del tiempo en que el libro fue escrito y publicado.